

NOVENA A SAN FELIPE NERI ¹

¹ Estando en Roma para prepararse a la ordenación sacerdotal católica, su mayor preocupación era clarificar su vocación, o mejor dicho, encauzarla, tanto él como el pequeño grupo de conversos que le acompañaba. Tenían que encontrar el camino, el lugar, el modo, de servir a Dios en la Iglesia de Roma. Reflexionó sobre su entrada en diversas órdenes religiosas. Queda así comprometido en una nueva búsqueda espiritual en cuanto a su lugar y a su actuación como sacerdote católico. Para comprender la decisión que Newman va a tomar, es necesario recordar algunas ideas que ya estaban en él, y que, como todo lo suyo, no serán destruidas sino “desarrolladas”, para usar su típico lenguaje. *No os desprendáis de las cualidades que Dios os ha entregado, sino perfeccionadlas para su servicio*, dirá más adelante. Tenía aprecio desde sus estudios de la patrística por la vida monástica, hasta pensar *si no se podría fundar, en toda sencillez y sinceridad sobrenatural, una sociedad semejante si los tiempos fueran mal* (LD III, 107). Junto con Froude, en los inicios del Movimiento de Oxford, imaginaban agrupaciones de presbíteros célibes que ejercieran su labor en las grandes ciudades, y ésta era precisamente la idea que tenía de un College, al estilo del siglo XIV, con *fellows* célibes dedicados a la oración, la predicación, la defensa de la Iglesia, el culto y el estudio de las ciencias y las artes. De hecho, adquirió un terreno en Littlemore con este propósito, y, cuando lo exigió la situación, dejó Oxford por Littlemore, llevando allí una vida de retiro orante y estudio, en cuyo ambiente decidió su conversión. Todo esto podría hacer pensar que, ya católico, Newman se habría orientado a la vida monacal, terminando benedictino. Su tendencia a la no-mundanía, que tenía desde su adolescencia, apoyaría esta posibilidad. Pero, como dice el padre Morales en su biografía, “Newman era hogareño, y a pesar de su no-mundanía necesitaba un contacto con el mundo que la vida monástica no podía proporcionarle”. Tampoco estaba en la Compañía de Jesús, que era la orden religiosa de mayor prestigio, ni en los dominicos (St.John parecía inclinarse por los jesuitas y Dalgairns por los dominicos). Newman buscaba lo que más se asemejara con lo que él era y tenía en su mente : un *fellow* de Oxford y un *gentleman* inglés. Había escuchado, o más bien leído, en 1839, un artículo de Wiseman para el *Dublin Review*, en el que éste hacía la recensión de los *Remains* de Hurrell Froude, donde se hablaba de aquellos grupos de sacerdotes en orden al apostolado en Inglaterra, idea que compartía con Newman. Wiseman decía : “Una comunidad de sacerdotes que hagan vida común según una benigna pero permanente regla y que extiendan su trabajo a todo el país nos parece el medio más eficaz para difundir nuestra santa religión...La institución que mejor encarna todas nuestras ideas en este asunto es el Oratorio de San Felipe Neri”. Esta fue la primera vez que Newman se enteró del santo italiano y de su obra, pero se ve que nunca lo separó de su mente. Siete años después en Roma volvió al mismo pensamiento. *El Dr.Wiseman tenía razón al decir que debíamos ser oratorianos. Lo que hemos visto en París nos ha desanimado con respecto a los paúles. Los jesuitas parecen estar fuera de lugar en todas partes. Tampoco oímos gran cosa de los dominicos. Se diría que este tiempo pide una secularidad externa con un compromiso interno de moderado ascetismo ; y esto es precisamente lo propio del Oratorio*(LD XI, 263). San Felipe Neri no había fundado una nueva orden religiosa en el siglo XVI, sino un grupo de sacerdotes seculares que vivían en común sin emitir votos y con el único vínculo de la caridad fraterna. Cada casa del oratorio vivía independientemente su vida, en la que los sacerdotes desarrollaban su actividad basada en los sacramentos, la prédica sencilla y el ejercicio de las obras de caridad. El Oratorio comenzó siendo la reunión que tenía el Santo con sus discípulos, en torno a la lectura, oración y conversación espiritual, en su habitación de Roma, y terminó siendo el lugar y luego el nombre de la Congregación, que exigida por el Papa, se avino a fundar. Renovó la vida del clero secular de entonces y la del pueblo fiel. Entabló amistad con los grandes escritores, científicos y artistas de la época. Amigo dilecto del gran músico Palestrina, el primer polifonista de la música religiosa, incluyó en la vida del oratorio la dedicación a este arte, como actividad necesaria a la piedad y devoción cristiana. También en esto último Newman encontró un parecido consigo mismo : su violín y el canto en las celebraciones, que enseñara con esmero en Oxford y Littlemore, tenían su continuidad católica. San Felipe tenía , además, como distintivo de carácter, una afabilidad y alegría que ganaba a todos, incluso por las dotes de un gran humor, y fue llamado “el apóstol de Roma”. Newman le cobró gran afecto desde que le conoció. Los oratorianos podían ser, en efecto, lo apropiado para los nuevos conversos, un camino intermedio entre los jesuitas o la vida religiosa , y el clero secular. Su estilo era el de ser sujetos libres, que tenían pocas normas y vivían en comunidad mediante el buen trato, el conocimiento propio y el de los demás, bajo la tutela de un superior, que se elige entre ellos. Esto, de hecho y en esencia, ya lo habían vivido Newman y sus compañeros en Littlemore y en Old Oscott, y tenía como antecedente más lejano la misma vida como *fellows* en el Oriel. La continuidad quedaba garantizada. La figura de San Felipe era sin duda el modelo que tenía a la vista. Por supuesto, debía adaptar en alguna medida las reglas al ambiente propio de Inglaterra, y así se lo aconsejó en mismo Papa Pío IX, que aprobará los nuevos estatutos. Newman y St.John fueron ordenados sacerdotes el 30 de mayo de 1846 en la capilla del Colegio de Propaganda Fide, por su rector el Cardenal Franson. El 3 de junio Newman celebró su primera Misa y el 8 lo hace en la habitación de San Ignacio, en el Gesú. Luego se reúnen Newman y sus seis compañeros : Ambrose St.John, Joh Dalgairns, William Penny, Richard Stanton, Frederick Bowles y Robert Coffin, todos conversos entre 1844 y 1845. Los futuros oratorianos se reúnen en Santa Croce, para prepararse en lo propio de su nueva vida . El mismo Papa los visita en agosto. En diciembre Newman está de vuelta en

(I)

LA HUMILDAD DE FELIPE ²

17 de mayo

Si Felipe escuchaba de alguien que había cometido un crimen, decía “Gracias a Dios que yo no he hecho cosas peores”.

Cuando confesaba derramaba abundantes lágrimas, y decía, “Nunca he hecho una buena acción”.

Cuando una penitente le manifestó podía sobrellevar la rudeza con que le trataban a él ciertas personas que tantos favores le debían, le contestó, “Si fuera humilde, Dios no me enviaría esto”.

Cuando una de sus hijas espirituales le dijo, “Padre, desearía tener algo suyo por devoción, porque se que Ud. es un santo”, se volvió hacia ella con rostro lleno de enojo y estalló con estas palabras: “¡Fuera de aquí! Yo soy un demonio, no un santo”.

A otro que le dijo, “Padre, me vino la tentación de pensar de Ud. no es lo que el mundo piensa”, le contestó, “Esté seguro de que soy un hombre como mis vecinos, y nada más”.

Si escuchaba de alguien que tenía una buena opinión de él, acostumbraba decir, “¡Pobre de mí, cuántas pobres niñas serán más grandes en el paraíso que yo!”

Evitaba cualquier distinción de honor. No podía soportar recibir ningún signo de reconocimiento. Cuando la gente quería tocar sus ropas, y arrodillarse a su paso, acostumbraba decir, “¡Levántese! ¡Fuera de mi camino!”. No le gustaba que la gente le besara las manos, aunque a veces se lo permitía para no herir sus sentimientos.

Era enemigo de toda rivalidad y contienda. Siempre tomaba a bien cualquier cosa que se le dijera. Tenía particular desagrado por la afectación, ya fuera en el hablar, o en el vestir, o en cualquier otra cosa.

No podía soportar las personas falsas. A los mentirosos no los toleraba, y estaba continuamente recomendando a sus hijos espirituales que los evitaran como si fueran una peste.

Siempre pedía consejo, aún en asuntos de menor importancia. La recomendación constante a sus penitentes era que no confiaran en sí mismos, sino que tomaran consejo de otros, y que hicieran tantas oraciones como pudieran.

Tenía gran placer en ser estimado en poco, más aún, despreciado.

Tenía una manera agradable en tratar asuntos con otros, gran dulzura en la conversación, y estaba lleno de compasión y consideración.

Siempre le había disgustado hablar de sí mismo. Las frases “yo digo” o “yo hice” raramente salían de su boca. Exhortaba a otros a no hacer nunca alarde de sí mismos, especialmente en aquellas cosas que les dieran crédito, ya fuese en serio o en broma.

Inglaterra. Fue nombrado primer superior del Oratorio inglés, que debía estar en Birmingham, donde Wiseman era Vicario Apostólico. Newman había encontrado finalmente el “hogar” donde vivirá el resto de su vida, su ‘nido’ definitivo en el gran hogar de la Iglesia católica.

Así se explica la inclusión de la figura de San Felipe Neri en las *Meditaciones y Devociones*, ya que era impensable la vida espiritual de Newman y del Oratorio por él fundado sin referencia directa al gran santo italiano. Newman y San Felipe Neri conforman una unidad inseparable desde su conversión.

² Nota de Newman: Mayo 1875. Tanto como puedo recordar, creo que tomé la *idea* de estos temas y oraciones de las Oraciones de Raccolta, *antes* de que estuvieran allí, pero debo haberlas tomado de allí tal como están actualmente.

Nueve reflexiones y oraciones en preparación de su Fiesta. Lo sustancial de estas reflexiones están tomada de la “Vida de San Felipe” de Bacci, traducida por el Padre Faber.

Así como San Juan evangelista estaba diciendo continuamente cuando era viejo, “Hijitos míos, amaos lo unos a los otros”, Felipe estaba siempre repitiendo su lección favorita, “Sed humildes; pensad poco en vosotros mismos”.

Decía que si al hacer una obra buena otro se lleva el crédito de la misma, debemos alegrarnos y agradecer a Dios.

Enseñaba que nadie debe decir, “¡Oh! yo no caeré, no cometeré pecado”, porque es un claro signo de que caería. Sentía un gran disgusto con aquellos que se excusaban a sí mismos, y llamaba a esas personas “Mi Señora Eva”, pues Eva se defendió en vez de ser humilde.

Oración

Felipe, glorioso Patrono mío, que tenías por escoria la alabanza y hasta la buena estima de los hombres, consígueme de mi Señor y Salvador esta bella virtud con tus oraciones. Qué arrogantes son mis pensamientos, qué despectivas mis palabras, que ambiciosas mis obras. Alcánzame esa baja estima de sí con la que tú fuiste dotado, y el conocimiento de mi propia nada, para que pueda gozar cuando soy despreciado y busque siempre ser grande sólo a los ojos de mi Dios y Juez.

(2)

LA DEVOCIÓN DE FELIPE

18 de mayo

La llama interior de devoción era tan intensa en Felipe que algunas veces se desmayaba por esa causa, o se veía forzado a recostarse en la cama, bajo el influjo de la enfermedad del divino amor.

Cuando joven sintió a veces este divino fervor con tanta vehemencia que era incapaz de contenerse, arrojándose al piso como si estuviera en agonía y clamando, “No más, Señor, no más”.

Lo que San Pablo dice de sí mismo parecía haberse cumplido en Felipe: “Estoy lleno de consolación, sobreabundo de alegría”.

Aún así, aunque disfrutaba esa dulzura, acostumbraba decir que deseaba servir a Dios no por interés, esto es, porque encontrase placer en ello, sino por puro amor, aún cuando no sintiera ninguna gratificación al amarle.

En su época de laico comulgaba cada mañana. Cuando viejo, tuvo frecuentes éxtasis durante la Misa.

Por eso es costumbre pintar a Felipe en los cuadros con ornamentos rojos, para recordar su ardiente deseo de derramar su sangre por amor a Cristo.

Era tan devoto a su Señor y Salvador que siempre pronunciaba el nombre de Jesús con dulzura indecible. Encontraba también un placer extraordinario en recitar el Credo, y tenía tanta afición al Padre Nuestro y se detenía del tal modo en cada petición que parecía nunca las iba a terminar.

Tenía tal devoción al Santísimo Sacramento que, cuando estaba enfermo, no podía dormir hasta que había comulgado.

Cuando leía o meditaba la Pasión parecía volverse tan pálido como las cenizas, y sus ojos se llenaban de lágrimas.

Una vez, estando enfermo, le trajeron algo para beber. Tomó el vaso en su mano, y cuando estaba por llevarlo a la boca se detuvo, y comenzó a llorar amargamente, clamando, “Tú, Cristo mío, tuviste sed en la cruz, y no te dieron a beber más que hiel y vinagre; y yo estoy en cama, con tantos consuelos alrededor y tantas personas que me atienden”.

Pero Felipe no llevaba la cuenta de estas efusiones y agudeza de sentimientos, pues decía que la emoción no era devoción, que las lágrimas no eran signo de que un hombre estuviese en gracia de Dios, ni que debamos suponer que un hombre es santo sólo porque llora cuando habla de religión.

Felipe era tan devoto a la Santísima Virgen que tenía siempre su nombre en la boca. Hacía dos jaculatorias en su honor: “Virgen María, Madre de Dios, ruega a Jesús por mí” y la otra, simplemente, “Virgen Madre”, porque decía que estas dos palabras se contienen todas las alabanzas posibles a María.

Tenía también singular devoción a Santa María Magdalena, en cuyas vísperas había nacido, y a los Apóstoles Santiago y Felipe, así como a San Pablo Apóstol y a Santo Tomás de Aquino, Doctor de la Iglesia.

Oración

Felipe, glorioso Patrono mío, alcánzame parte de ese don que has tenido tan abundantemente. ¡Ay! Tu corazón ardía de amor, y el mío está totalmente frío hacia Dios y solamente vivo para las criaturas. Amo el mundo, que nunca me hará feliz. Mi deseo más elevado es irme bien de aquí abajo. Dios mío, ¿cuándo aprenderé a no amar nada más que a Ti? Alcánzame, Felipe, un amor puro, un amor fuerte, y un amor eficaz, para que amando a Dios sobre la tierra, pueda gozar de Su visión, junto contigo y con todos los santos, eternamente en el cielo.

(3)

LA PRÁCTICA DE ORACIÓN DE FELIPE

19 de mayo

Desde cuando era muchacho el siervo de Dios se dio a la oración, hasta que adquirió tal hábito de rezar que allí donde estuviera su mente se elevaba a las cosas celestiales.

Algunas veces se olvidaba de comer, y otras, cuando se estaba vistiendo, dejaba de hacerlo, llevado en sus pensamientos hacia el cielo, con los ojos abiertos, aunque abstraído de todas las cosas que le rodeaban.

Era más fácil para Felipe pensar en Dios que para los hombres del mundo pensar en el mundo.

Si alguien entraba de improviso en su habitación, era lo más probable que lo encontrase tan absorto en la oración que, al hablarle, no le respondiese correctamente, teniendo que ir y venir una o dos veces por la habitación hasta que volvía en sí.

Si se entregaba a su hábito de oración, aún en el grado más insignificante, inmediatamente se perdía en la contemplación.

Era necesario distraerlo para que continuo esfuerzo de la mente no fuera perjudicial a su salud.

Antes de tratar algún asunto, aunque fuese trivial, siempre rezaba. Cuando respondía una pregunta nunca lo hacía si primero no se recogía en silencio.

Comenzaba a orar cuando se iba a la cama y tan pronto como se despertaba, y no acostumbraba dormir más que cuatro horas, o cinco como mucho.

Algunas veces, si alguien manifestaba que había visto a Felipe ir a la cama tarde o levantarse temprano para orar, respondía, “El paraíso no está hecho para haraganes”.

En las fiestas más solemnes, en momentos de urgente necesidad espiritual, y sobre todo en Semana Santa, estaba absorto en oración mucho más que lo habitual.

A aquellos que no podían hacer largas meditaciones les aconsejaba elevar sus mentes a Dios con jaculatorias como “Jesús, aumenta mi fe”, “Jesús, haz que nunca pueda ofenderte”.

Felipe introdujo la oración en familia en muchas de las casas principales de Roma.

Cuando uno de sus penitentes le pidió que le enseñara cómo orar, le respondió, “Se humilde y obediente, y el Espíritu Santo te enseñará”.

Tenía una devoción especial a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, y diariamente le suplicaba con oraciones fervientes sus dones y gracias.

Una vez, cuando estaba pasando la noche en oración en la Catacumbas, tuvo lugar ese gran milagro: la divina presencia del Espíritu Santo descendía sobre él bajo la apariencia de una bola de fuego, entraba en su boca y se alojaba en su pecho. Desde aquel momento tuvo una palpitación de corazón sobrenatural.

Acostumbraba decir que cuando nuestras peticiones están en camino de ser concedidas, no debemos dejarlas sino orar con tanto fervor como antes.

Recomendaba especialmente a los principiantes meditar sobre las cuatro postrimerías ³, y decía que aquel que en esta vida no descendía al infierno en sus pensamientos y temores, corría el gran riesgo de ir allí cuando muriera.

Cuando deseaba mostrar la necesidad de la oración, decía que un hombre sin oración es un animal sin razón.

Muchos de sus discípulos adelantaron mucho en esta práctica, no sólo religiosos sino personas seculares, artesanos, mercaderes, médicos, abogados y cortesanos, y llegaron a ser tales hombres de oración que recibieron favores extraordinarios de Dios.

Oración

Felipe, mi santo Patrono, enséñame por tu ejemplo y alcánzame por tu intercesión, buscar a mi Señor y Dios en todo tiempo y lugar, y vivir en Su presencia y en santa relación con El. Como los hijos de este mundo buscan a los hombres ricos o de rango social por el favor que desean, así se eleven siempre mis ojos, mis manos y mi corazón, hacia el cielo, y acuda a la Fuente de todo bien por esos bienes que necesito. Como los hijos de este mundo conversan con sus amigos y encuentran placer en su compañía, pueda yo estar siempre en comunión con los Santos y los Ángeles, y con la Santísima Virgen, la Madre de mi Señor. Ora conmigo, Felipe, como orabas con tus penitentes aquí abajo, y entonces la oración llegará a ser dulce para mí, como lo fue para ellos.

³ Muerte, juicio, infierno, cielo

LA PUREZA DE FELIPE**20 de mayo**

Conociendo bien Felipe cuánto se complace Dios en los puros de corazón, no bien hubo llegado a los años de discreción y a poder distinguir entre el bien y el mal, le hizo la guerra a los males y sugerencias de su enemigo, y nunca descansó hasta haber ganado la victoria. Por eso, a pesar de haber vivido en el mundo cuando joven, y encontrarse con toda clase de personas, preservó su virginidad inmaculada en esos peligrosos años de su vida.

Nunca se escuchó palabra alguna de sus labios que pudiera ofender la modestia más rigurosa, y la misma bella virtud manifestó en el vestir, en su porte y en su semblante.

Un día, mientras era todavía laico, algunas personas disolutas le tentaron impudicamente a cometer pecado. Cuando vio que huir era imposible, comenzó a hablarles de lo horrible que es el pecado y de la temible presencia de Dios. Hizo esto con una aflicción tan manifiesta, con tal seriedad y fervor, que sus palabras traspasaron como una espada aquellos corazones abandonados, y no sólo los persuadió de renunciar a sus horribles pensamientos sino que los rescató de sus malos caminos.

En otra ocasión, algunos malos hombres, de esos que están acostumbrados a pensar que nadie es mejor que ellos mismos, le invitaron con algún pretexto a su casa, creyendo que él no era lo que el mundo pensaba, y poniéndole allí le empujaron hacia una gran tentación. Felipe, en esa situación, encontrando las puertas cerradas, se arrodilló y comenzó a rezar a Dios con un fervor tan asombroso y una elocuencia celestial tan sincera, que los dos pobres desgraciados que estaban en la habitación no se atrevieron a hablarle y al final ellos mismos le dejaron y le dieron un modo de escapar.

Su virginal pureza brillaba en su rostro. Sus ojos eran tan claros y brillantes, hasta los últimos años de su vida, que ningún pintor tuvo éxito en darles la expresión verdadera, y no era fácil para nadie mantener la mirada fija en él por mucho tiempo, pues les deslumbraba como un ángel del paraíso.

Más aún, hasta su vejez su cuerpo emitió una fragancia que, todavía en la decrepitud de su ancianidad, estimulaba a quienes se le acercaban, y muchos decían sentir una devoción infusa por el solo hecho de oler sus manos.

En cuanto al vicio opuesto, el mal olor del mismo no era para el santo una manera figurada de hablar sino una realidad, de modo que podía detectar a aquellos cuyas almas estaban ennegrecidas por el vicio. Y acostumbraba decir que era tan horrible que nada en el mundo podía igualársele, nada, salvo el mismo espíritu maligno. Antes de que sus penitentes empezaran a confesarse decía a veces, “Hijo mío, ya conozco tus pecados”.

Muchos confesaron que habían sido liberados inmediatamente de las tentaciones al imponerles sus manos sobre la cabeza. La misma mención de su nombre tenía el poder de proteger como un escudo a los que eran asediados por los fieros dardos de Satanás.

Exhortaba a los hombres a no confiar nunca en sí mismos, cualesquiera fuese la experiencia que pudieran tener de sí mismos, o por más prolongados que fuesen sus hábitos virtuosos.

Acostumbraba decir que la humildad es la verdadera custodia de la castidad, que no tener piedad de otros en tales casos prepara una rápida caída en nosotros, y que cuando encontraba un hombre censor, seguro de sí mismo, y sin temor, le daba por perdido.

Felipe, mi glorioso Patrono, que siempre guardaste inmaculada el blanco lirio de tu pureza, con tan celoso cuidado que la majestad de esta bella virtud irradiaba de tus ojos, brillaba en tus manos, y era fragancia en tu aliento, alcánzame ese don del Espíritu Santo, de manera que ni las palabras ni el ejemplo de los pecadores puedan nunca impresionar mi alma. Y como mi espantoso enemigo debe ser sometido evitando las ocasiones de pecado, orando, manteniéndome ocupado, y frecuentando los Sacramentos, dame la gracia de perseverar en estas prácticas necesarias.

(5)

LA TERNURA DE CORAZÓN DE FELIPE

21 de mayo

Felipe no podía soportar la visión del sufrimiento, y aunque aborrecía las riquezas siempre quiso tener dinero para darlo como limosna.

No podía resistir ver a niños insuficientemente vestidos, y hacía todo lo que podía para conseguir ropas nuevas para ellos.

La opresión y el sufrimiento le perturbaban especialmente. Cuando un noble romano fue acusado falsamente de haber matado a un hombre y fue encarcelado, él fue rápidamente a exponer su causa ante el Papa, y obtuvo su liberación.

Un sacerdote fu acusado por algunas personas influyentes, y debía probablemente sufrir por ello. Felipe asumió su caso con tal ardor que estableció su inocencia ante el público.

Otra vez, escuchando acerca de algunos gitanos que habían sido injustamente condenados a trabajos forzados, fue a ver al Papa y procuró su libertad. Su amor a la justicia era tan grande como su ternura y compasión.

Poco después de llegar a ser sacerdote hubo un hambre muy severo en Roma, y le enviaron seis hogazas de pan como presente. Sabiendo que en la misma casa había un pobre extranjero sufriendo por falta de alimento, se los dio todos, y no tuvo para comer el primer día nada más que aceitunas.

Felipe sentía un especial afecto hacia los artesanos y los que encontraban difícil vender sus artículos. Había dos relojeros, hábiles artistas, pero viejos y cargados con familias numerosas. El les hizo un gran pedido de relojes y contribuyó a venderlos entre sus amigos.

Su celo y liberalidad brillaban especialmente hacia las niñas pobres. Les proveía cuando no tenían otros medios. Encontró las dotes para el matrimonio de algunas de ellas, y para otras dio lo que era suficiente para obtener su admisión en conventos.

Era particularmente bueno con los prisioneros, a quienes enviaba dinero algunas veces en la semana.

No ponía límite a su afecto por los pobres vergonzantes y tímidos, siendo más generoso en las limosnas para ellos.

Los estudiantes pobres eran otro objeto de su especial compasión. Les proveía no sólo de alimento y vestido sino también de libros para sus estudios. Para ayudar a uno de ellos vendió todos sus propios libros.

Sentía muy vivamente cualquier amabilidad que le hicieran, por lo cual uno de sus amigos dijo, “No puedes hacer a Felipe un presente sin recibir de él otro de doble valor”.

Tenía mucha ternura con los animales. Viendo que alguien ponía su pie sobre una lagartija exclamó, “¡Cruel amigo! ¿qué te ha hecho ese pobre animal?”

Viendo que un carnicero hería a un perro con uno de sus cuchillos no se pudo contener, y tuvo gran dificultad en mantenerse tranquilo.

No podía soportar la menor crueldad con animales bajo ningún pretexto. Si un pájaro entraba en una habitación dejaba la ventana abierta para que no fuera atrapado.

Oración

Felipe, mi glorioso defensor, enséñame a mirar todo lo que me rodea según tu ejemplo, como criaturas de Dios. No dejes que olvide jamás que el mismo Dios que me hizo a mí hizo el mundo entero, y todos los hombres y animales que hay en él. Alcánzame la gracia de amar todas las obras de Dios por amor a El, y a todos los hombres por amor a mi Señor y Salvador que los ha redimido en la cruz. Haz que sea especialmente tierno, compasivo y amoroso con todos los cristianos, como hermanos en la gracia. Y tú, que fuiste tan afectuoso con todos en la tierra, se especialmente afectuoso con nosotros, compadécete de nosotros, tenos paciencia en todas nuestras tribulaciones, y alcánzanos de Dios, con quien habitas en la luz beatífica, todas las ayudas necesarias para llevarnos seguros hacia El y hacia ti.

(6)

LA ALEGRÍA DE FELIPE

22 de mayo

Felipe recibía con singular benignidad a aquellos que iban a consultarle, y los recibía aunque fueran extraños con tanto afecto como los hubiera estado esperando por largo tiempo. Cuando la situación pedía estar alegre, estaba alegre, y cuando pedía sentir simpatía con los afligidos estaba igualmente dispuesto.

Algunas veces dejaba sus oraciones y se unía a los deportes y a las bromas con los jóvenes, y con esta dulzura, condescendencia y alegre conversación, ganaba sus almas.

No podía soportar que nadie estuviera abatido o preocupado, porque esto siempre hace daño a la espiritualidad, y cuando veía alguien serio y melancólico acostumbraba decirle, “Esté alegre”. Tenía una particular y marcada inclinación por las personas de buen humor.

Al mismo tiempo era un gran enemigo de cualquier grosería o estupidez, porque un espíritu bufón no sólo no adelanta en la religión sino que suprime del todo aún lo que ya está allí.

Un día le devolvió el buen humor al Padre Francisco Bernardi, de la Congregación del Oratorio, pidiéndole simplemente que corriera con él, diciéndole, “Vamos, hagamos una carrera juntos”.

Sus penitentes sentían esa alegría al estar en su habitación, y decían que la habitación de Felipe no era una habitación sino un paraíso terrenal.

Para otros, sólo estar parados en la puerta de su habitación, sin entrar, era un alivio de todas sus preocupaciones. Otros recobraban la paz mental perdida con sólo mirar a

Felipe en el rostro. Soñar con él era suficiente para consolar a muchos. En una palabra, Felipe fue un perpetuo alivio para todos lo que estaban perplejos y tristes.

Nadie vio jamás a Felipe melancólico. Todos los que iban a verle le encontraban siempre con alegría y sonriente, aunque con una mezcla de gravedad.

Cuando estaba enfermo no hacía mucho por recibir sino por dar consolación. Nunca se escuchó que cambiara su voz como hacen generalmente los inválidos, sino que hablaba en el mismo tono sonoro que cuando estaba sano. Una vez, cuando los médicos le habían desahuciado, dijo con el salmista, "*Paratus seum et non sum turbatus*" ("Estoy preparado y no perturbado"). Recibió la Extremaunción cuatro veces, con el mismo rostro calmo y alegre.

Oración

Felipe, mi glorioso defensor, que siempre seguiste los preceptos y el ejemplo del Apóstol San Pablo alegrándote siempre en todas las cosas, alcánzame la gracia de la perfecta resignación a la voluntad de Dios, de la indiferencia por los asuntos de este mundo, y una constante visión del cielo, de modo que nunca pueda decepcionarme ante las cosas que disponga la divina providencia, nunca abatirme, nunca entristecerme, nunca quejarme. Que mi rostro pueda siempre ser abierto y alegre, y mis palabras bondadosas y agradables, para llegar a ser como aquellos que en cualquier estado de vida tienen el más grande de los bienes, el favor de Dios y la perspectiva de la eterna bienaventuranza.

(7)

LA PACIENCIA DE FELIPE

23 de mayo

Felipe fue durante muchos años el blanco y el hazmerreír de todos los parásitos de los grandes palacios de la nobleza de Roma, que hablaban de él todo lo malo que les venía a la cabeza, porque no les gustaba ver un hombre virtuoso y concienzudo.

Estas habladurías sarcásticas duraron años y años, de modo que Roma estaba llena de ellas, y en todos los negocios y casas de dinero los ociosos y malvivientes no hacían sino ridiculizar a Felipe.

Cuando le hacían alguna calumnia, no se ofendía en lo más mínimo sino que con la calma más grande se contentaba con sonreír.

Una vez, una sirvienta de un noble comenzó a abusar de él con tal insolencia que una persona de consideración que era testigo del insulto estuvo a punto de ponerle las manos encima, pero cuando vio con qué gentileza y buen humor lo tomaba Felipe, se contuvo, y desde entonces consideró a Felipe como un santo.

Algunas veces, sus propios hijos espirituales, y aún aquellos que estaban bajo una obligación más grande hacia él, le trataban como fuera una persona ruda y tonta, pero él no les mostraba ningún resentimiento.

Una vez, cuando era Superior de la Congregación, uno de sus súbditos le arrebató una carta de sus manos, pero el santo tomó la afrenta con incomparable mansedumbre, y ni en la mirada, ni en las palabras, ni en el gesto mostró la mínima emoción.

La paciencia había llegado a ser un hábito tan completo en él, que nunca fue visto en actitud pasional. Controlaba el primer movimiento que fuese un sentimiento resentido, se calmaba su rostro instantáneamente, y seguía con su habitual sonrisa modesta.

Oración

Felipe, mi santo defensor, que soportaste la persecución y la calumnia, el dolor y la enfermedad, con tan admirable paciencia, alcánzame la gracia de una verdadera fortaleza en todas las tribulaciones de esta vida. ¡Ay, cómo necesito de la paciencia! Retrocedo ante cada pequeño inconveniente, me enfermo ante cada pequeña aflicción, me enciendo ante cada insignificante contradicción, me irrito y estoy de mal humor con cada pequeño sufrimiento del cuerpo. Alcánzame la gracia de entrar con buena voluntad de corazón en esas cruces tal como las reciba día a día de mi Padre Celestial. Haz que te imite, así como tú imitaste a mi Señor y Salvador, de manera que, así como alcanzaste el cielo por tu calma resistencia en el cuerpo y en el dolor mental, pueda yo también alcanzar el mérito de la paciencia y la recompensa de la vida eterna.

(8)

EL CUIDADO DE FELIPE POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

24 de mayo

Cuando era un joven sacerdote, y había congregado a su alrededor un grupo de personas espirituales, su primer deseo fue ir con ellos a predicar el evangelio a los paganos de la India, donde San Francisco Javier estuvo dedicado a su maravillosa vocación, y solamente abandonó la idea por obediencia a los santos varones a quienes había consultado.

En cuanto a los malos cristianos de casa, tenía un deseo tan extremo de su conversión que aún de viejo se disciplinaba severamente en su beneficio, y lloraba sus pecados como si hubieran sido los suyos.

Siendo laico convirtió con un sermón a treinta jóvenes disolutos.

Tuvo éxito, con la gracia de Dios, en volver al camino de la santidad un número casi infinito de pecadores. Muchos clamaban en la hora de la muerte, “¡Bendito el día cuando conocí por primera vez al Padre Felipe!”. Otros decían, “El Padre Felipe atrae las almas como el magneto atrae al hierro”.

En vistas al cumplimiento de lo que consideraba su misión especial, se entregó por completo a escuchar confesiones, privilegiándola a cualquier otra ocupación. Antes de que saliera el sol ya había confesado un buen número de penitentes en su propia habitación. Bajaba a la iglesia al amanecer, y nunca la dejaba hasta el mediodía, excepto para celebrar Misa. Si no venía ningún penitente permanecía cerca de su confesionario, leyendo, rezando el oficio divino, o el rosario. Si estaba en oración, o comiendo, lo dejaba inmediatamente cuando venían sus penitentes.

Nunca interrumpía las confesiones por cualquier enfermedad, a menos que los médicos se lo prohibiesen.

Por la misma razón dejaba la puerta de su habitación abierta, para estar expuesto a la vista de cualquiera que pasara.

Tenía una particular preocupación acerca de los muchachos y de los hombres jóvenes. Estaba muy ansioso en tenerlos siempre ocupados, porque sabía que la

ociosidad es la madre de todos los males. Algunas veces creaba el trabajo para ellos cuando no podía encontrar ninguno.

Les dejaba hacer todo el ruido que querían a su alrededor, con tal de alejarlos de la tentación. Cuando un amigo le retó por dejarlos interferir de ese modo, le contestó, “En tanto no cometan pecado, pueden cortar madera sobre mi espalda”.

Los padres dominicos le permitieron sacar sus novicios para la recreación. Acostumbraba deleitarse al mirarlos en su comida de vacación, y decía, “Comed, hijos míos, y no tengáis ningún escrúpulo al hacerlo, pues me hace engordar vigilaros”. Y luego, cuando la cena había terminado, los hacía sentar en círculo y les contaba los secretos de sus corazones, dándoles buenos consejos y exhortándoles a la virtud.

Tenía una poder destacable para consolar a los enfermos, y para librarlos de las tentaciones con que el demonio los asedia.

Al celo por la conversión de las almas, Felipe unía siempre el ejercicio de actos corporales de misericordia. Visitaba a los enfermos en los hospitales, les servía en todas sus necesidades, les hacía las camas, barría el piso a su alrededor, y les daba de comer.

Oración

Felipe, mi santo Patrono, que fuiste tan cuidadoso de las almas de tus hermanos, y especialmente de tu propio pueblo, cuando estabas en la tierra, no dejes de cuidarlos ahora que estás en el cielo. Quédate con nosotros, que somos tus hijos y tus clientes, y con el gran poder que tienes con Dios, y tu íntima percepción de nuestras necesidades y peligros, guíanos por el camino que lleva a Dios y a ti. Se para nosotros un padre bueno. Haz que nuestros sacerdotes sean intachables y estén más allá del reproche y del escándalo. Haz que nuestros niños sean obedientes, nuestros jóvenes prudentes y castos, nuestros padres de familia sabios y amables, nuestros ancianos alegres y fervientes, y haznos crecer, por tu poderosa intercesión, en la fe, la esperanza, la caridad, y todas las virtudes.

(9)

LOS MILAGROSOS DONES DE FELIPE

25 de mayo

Las grandes y sólidas virtudes de Felipe fueron coronadas y adornadas por la divina Majestad con varios favores extraordinarios, que quiso en lo posible ocultar con artificios, pero en vano.

Le plugo a Dios hacerlo capaz de penetrar Sus inefables misterios y conocer Sus maravillosas providencias por medio de éxtasis, raptos y visiones, que ocurrieron frecuentemente durante toda su vida.

Una mañana fue a confesarse con él un amigo, y al abrir suavemente la puerta de su habitación vio al santo en oración, elevado sobre sus pies, con sus ojos fijos en el cielo y sus manos extendidas. Se quedó observándole un momento, y luego se acercó y le habló, pero el santo no se dio cuenta de su presencia en absoluto. Este estado de abstracción continuó por ocho minutos, y luego volvió en sí.

Tenía la consolación de ver las almas de muchos ir al cielo, especialmente sus amigos y penitentes. Ciertamente aquellos que intimaban con él tenían por seguro que ninguno de sus hijos espirituales moría sin que él certificara el estado de sus almas.

Felipe, tanto por su santidad como por su experiencia, era capaz de distinguir las visiones verdaderas de las falsas. Era muy serio en advertir a los hombres para no ser engañados, lo cual es muy fácil y probable.

Felipe fue eminente de modo especial, aún entre los santos, en el don de predecir el futuro y leer los corazones. Los ejemplos de estos dones podrían llenar volúmenes. Predijo las muertes de muchos, la recuperación de otros, el futuro de otros, el nacimiento de niños a los que no tenían hijos. Predijo quienes serían Papas antes de su elección. Tenía el don de ver cosas a distancia, y conocía lo que estaba pasando en la mente de sus penitentes y de las personas que le rodeaban.

Sabía si sus penitentes habían dicho sus oraciones y cuánto tiempo habían rezado. Muchos de ellos, cuando hablaban juntos, si la conversación se ponía peligrosa o mala, decían, “Debemos parar, porque San Felipe lo descubrirá”.

Una vez, llegó una mujer para confesarse, cuando en realidad lo que quería era una limosna. El le dijo, “En nombre de Dios, buena mujer, vete; no hay pan para ti”, y nada pudo inducirlo a escucharla en confesión.

Un hombre que fue a confesarse con él no hablaba sino que comenzó a temblar, y cuando le preguntó porqué le contestó, “Estoy avergonzado”, porque había cometido un pecado muy grave. Felipe le dijo amablemente, “No tengas miedo. Yo te diré lo que fue”, y ante el asombro del penitente se lo dijo.

Tales ejemplos son innumerables. No hubo ni una sola persona que intimara con Felipe que no afirmara que él conocía los secretos del corazón maravillosamente.

Era casi tan maravilloso su poder de curar y devolver la salud. Quitaba el dolor tocando con su mano y haciendo la señal de la cruz. Del mismo modo curó enfermedades instantáneamente, otras veces con la oración, y otras les ordenaba a las enfermedades que se fueran.

Este don era tan bien conocido que las personas enfermas conseguían sus ropas, sus zapatos, o el recorte de sus cabellos, y Dios los curaba por estos medios.

Oración

Felipe, mi santo Patrono, las heridas y enfermedades de mi alma son más grandes que las del cuerpo, y están más allá de tu curación, aún con tu poder sobrenatural. Se que mi Señor Omnipotente tiene en Sus manos recuperar al alma de la muerte, y la curación de todas sus enfermedades. Pero tú puedes hacer más por nuestras almas ahora con tus oraciones, mi querido Santo, que lo que hiciste por los cuerpos de aquellos que recurrían a ti cuando estabas en la tierra. Ruega por mí, para que el Médico Divino del alma, que solamente es quien lee mi corazón a fondo, pueda limpiarlo a fondo, y para que yo y todos los que me son queridos podamos ser purificados de todos nuestros pecados. Y como debemos morir, todos y cada uno, que muramos como tú en la gracia y el amor de Dios, y con la seguridad, como tú, de la vida eterna.

CUATRO ORACIONES A SAN FELIPE ⁴

ORACION I

Felipe, mi amado y santo Patrono, me pongo en tus manos, y por amor a Jesús, a causa de ese amor que te eligió y te hizo santo, te imploro que ruegues por mí, para que así como El te ha llevado al cielo, me lleve también a mí al cielo en el momento debido.

Tú has tenido experiencia de las pruebas y tribulaciones de esta vida. Tú conoces bien lo que es soportar los asedios del demonio, la burla del mundo, y las tentaciones de la carne y la sangre. Tú conoces cuán débil es la naturaleza humana, y cuán traicionero el humano corazón, y estás tan lleno de simpatía y compasión que, en medio de tu inefable gloria y beatitud presente, se que puedes pensar en mí.

Piensa en mí entonces, mi amado San Felipe, estad seguro de pensar en mí aunque yo a veces no piense en ti. Alcánzame todas las cosas necesarias para mi perseverancia en la gracia de Dios, y mi eterna salvación. Alcánzame, por tu poderosa intercesión, la fuerza para luchar el buen combate, para dar testimonio audaz de Dios y de la religión en medio de los pecadores, para ser valiente cuando Satanás me atemorice o me fuerce a hacer lo que está mal, para vencerme a mí mismo, para hacer mi deber completamente, y ser así absuelto en el juicio.

Vaso del Espíritu Santo, Apóstol de Roma, Santo de los tiempos antiguos, ruega por mí.

ORACION II

Felipe, mi amado y santo Patrono, me pongo en manos, y por amor a Jesús, a causa de ese amor que te eligió y te hizo santo, te imploro que ruegues por mí, para que así como El te ha llevado al cielo, me lleve también a mí al cielo en el momento debido.

Te pido especialmente me alcances una verdadera devoción, como la que tuviste, al Espíritu Santo, la Tercera Persona de la siempre bendita Trinidad, para que así como El llenó milagrosamente tu corazón con su gracia en Pentecostés, yo también pueda a mi medida tener los dones necesarios para mi salvación.

Por tanto, te pido me alcances esos Sus siete grandes dones, para que dispongan y exciten mi corazón hacia la fe y la virtud.

Implora para mí el don de la Sabiduría, para que pueda preferir el cielo a la tierra, y discernir la verdad de la falsedad,

El don de Entendimiento, por el cual pueda tener impresos en mi mente los misterios de Su Palabra,

El don de Consejo, para que pueda ver mi camino en los momentos de perplejidad,

El don de Fortaleza, para que pueda combatir con mi enemigo con valentía y tenacidad,

El don de Ciencia, para ser capaz de dirigir todas mis acciones con pura intención a la gloria de Dios,

El don de Piedad, para hacerme devoto y hombre de conciencia,

Y el don del santo Temor, para hacerme sentir respeto, reverencia y sobriedad, en medio de todas mis bendiciones espirituales.

El más dulce de los Padres, Flor de pureza, Mártir de la caridad, ruega por mí.

⁴ Son parte de una Novena inacabada, que termina abruptamente en la oración del cuarto día.

ORACION III

Felipe, mi amado y santo Patrono, me pongo en manos, y por amor a Jesús, a causa de ese amor que te eligió y te hizo santo, te imploro que ruegues por mí, para que así como El te ha llevado al cielo, me lleve también a mí al cielo en el momento debido.

Te ruego me alcances una verdadera devoción al Espíritu Santo, por medio de esa gracia que otorga El mismo, la Tercera Persona de la gloriosa Trinidad. Alcánzame una porción de esa rebotante devoción que tuviste hacia El cuando estabas en la tierra, pues era, mi amado padre, uno de tus especiales distintivos entre los otros santos, que, aunque todos ellos adoraban suprema y solamente al Espíritu Santo como su único Dios, tú, como el Papa San Gregorio, el Apóstol de Inglaterra, le adorabas no sólo en la unidad de la Divinidad sino también como procedente del Padre y del Hijo, el don del Altísimo y el Dador de vida.

Alcánzame, santo Felipe, tal medida de tu devoción a El, que, así como se dignó venir a tu corazón milagrosamente y encenderlo con el fuego del amor, pueda recompensarnos también con algún don especial de la gracia que corresponda. Felipe, no dejes que seamos los fríos hijos de un Padre tan fervoroso. Sería un gran reproche para ti si no nos hicieras en alguna medida como tú. Alcánzanos la gracia de la oración y la meditación, el poder de dirigir nuestros pensamientos y guardarlos de las distracciones, y el don de conversar con Dios sin estar cansados.

Corazón de fuego, Luz de santa alegría, Víctima de amor, ruega por mí.

ORACION IV

Felipe, mi amado y santo Patrono, me pongo en manos, y por amor a Jesús, a causa de ese amor que te eligió y te hizo santo, te imploro que ruegues por mí, para que así como El te ha llevado al cielo, me lleve también a mí al cielo en el momento debido.

Tú eres mi glorioso protector, y después de Jesús, María y José, puedes hacer mucho por mí en la vida y en la muerte. En tus trabajos seguiste a tu Señor y Salvador, y en tu vida escondida y en tus virtudes ocultas, en tu pureza, humildad y fervor, estás más cerca de María y José que todos los santos. Hace tiempo que me he consagrado a ti, pero no he hecho nada digno de ti, y estoy avergonzado de llamarme tuyo, porque tú tienes derecho a tener seguidores de gran inocencia, de gran honestidad de propósitos y gran resolución, y estas virtudes no las tengo.

Tú, Felipe, no estás inquieto por ti porque ya estás en el cielo, por lo tanto, puedes cuidar de mí. Vigíllame, guárdame para que no me atrase, alcánzame la gracia necesaria para continuar con mi deber, de modo que pueda progresar en todas las virtudes, en las tres virtudes teologales, la fe, la esperanza y la caridad, y en las cuatro virtudes cardinales, la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza, y además en la humildad, la castidad, la liberalidad, la mansedumbre y la veracidad.

Director de almas, Patrono de todos los tuyos, que convertiste tantos corazones a Dios, ruega por mí.

LETANÍA DE SAN FELIPE ⁵

Señor, ten misericordia
Señor, ten misericordia
Cristo, ten misericordia
Cristo, ten misericordia
Señor, ten misericordia
Señor, ten misericordia
Cristo, óyenos
Cristo, óyenos bondadosamente

Dios Padre Celestial
Ten misericordia de nosotros
Dios Hijo, Redentor del mundo
Ten misericordia de nosotros
Dios Espíritu Santo
Ten misericordia de nosotros
Trinidad Santísima, un solo Dios
Ten misericordia de nosotros

Santa María
Santa Madre de Dios
Santa Virgen de las vírgenes
San Felipe
Vaso del Espíritu Santo
Hijo de María
Apóstol de Roma
Consejero de los Papas
Voz de profecía
Hombre de los tiempos antiguos
Santo victorioso
Héroe escondido
El más dulce de los Padres
Flor de pureza

Ruega por nosotros

Mártir de la caridad
Corazón de fuego
Discernidor de los espíritus
El más escogido de los sacerdotes
Espejo de la vida divina
Modelo de humildad
Ejemplo de simplicidad
Luz de santa alegría
Imagen de la niñez
Retrato de la ancianidad
Director de almas
Guía bondadoso de la juventud
Patrono de los tuyos
Tú que observaste la castidad en tu juventud
Tú que buscaste a Roma con el divino consejo
Tú que te ocultaste tanto tiempo en las Catacumbas

Ruega por nosotros

Ruega por nosotros

⁵ Newman la compuso alrededor de 1851, alterándola de tanto en tanto hasta que se imprimió en 1856.

Tú que recibiste el Espíritu Santo en tu corazón
Tú que experimentaste tan maravillosos éxtasis
Tú que serviste tan amorosamente a los pequeños
Tú que lavaste los pies de los peregrinos
Tú que tuviste ser ardiente por el martirio
Tú que difundiste la palabra de Dios de cada día
Tú que convertiste tantos corazones a Dios
Tú que conversaste tan dulcemente con María
Tú que resucitaste a los muertos
Tú que estableciste tus casas en todas las regiones

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo
Perdónanos Señor

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo
Escúchanos bondadosamente, Señor

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo
Ten misericordia de nosotros

Cristo, óyenos

Cristo, óyenos bondadosamente

San Felipe, ora por nosotros

Para que merezcamos alcanzar las promesas de Cristo

V. Recuerda tu Congregación

R. Que te pertenece desde el principio

Oremos

Dios, que has exaltado a San Felipe, Confesor Tuyo, a la gloria de Tus santos, concede que así como nos regocijamos en su conmemoración, podamos aprovechar los ejemplos de sus virtudes, por Cristo nuestro Señor. Amén.